

EN PRIMERA PERSONA



Un momento de la beatificación

GUILERMO SIMÓN

Misioneros hasta el fin

CARLOS MARTÍNEZ OLIVERAS, CMF
INSTITUTO TEOLÓGICO DE VIDA RELIGIOSA

El 21 de octubre fueron beatificados 109 misioneros claretianos, mártires de la persecución religiosa en el contexto de la guerra civil española. La mayoría de ellos eran catalanes, aunque también los había navarros, aragoneses, castellanos... Y, casi todos fueron asesinados en Cataluña. Esta beatificación se suma a la de otros grupos claretianos que corrieron la misma suerte, entre los que destaca el de los 51 jóvenes seminaristas en Barbastro. En total, casi 300. Se trata, pues, del instituto con más mártires durante la contienda civil en España. El compromiso de la historia, el testimonio de su entrega, junto con el lugar de su martirio, en medio de la situación actual que estamos viviendo, pueden merecer unas líneas de reflexión.

Han pasado más de ochenta años desde los acontecimientos que provocaron la gesta de estos cristianos. Ellos vivieron en una sociedad marcada por fuertes tensiones, pero no eran militantes de ningún bando político. Eran personas, en su gran mayoría bastante jóvenes que, consagrándose a Dios, hicieron del Evangelio su bandera y no dudaron en colocar su ideal en confesar su fe, aun a costa de la vida. Por lo tanto, no les mueve el ideal político, sino la

persona de Jesucristo. Y lo más sublime de todo, y que sigue llenando a todas las generaciones de tranquilidad y consuelo, es que hicieron del perdón su estandarte más preclaro.

Al repasar los relatos de su muerte estremece contemplar el modo en que afrontaron el final. Podrían haber evitado el martirio con relativa facilidad, accediendo a las peticiones de sus verdugos al blasfemar, pisar crucifijos o entregarse a los placeres carnales de los prostíbulos. Ni un paso atrás. Su formación, su fe, su confianza en Dios y su entereza humana les llevaron a culminar la suprema ofrenda de la vida. Fueron, en definitiva, misioneros hasta el fin. Por eso, su lección es válida para todas las generaciones. Cada tiempo y lugar tiene sus propios desafíos. Por eso, sus actitudes sólidas nos desarmen y nos estimulan en estos tiempos líquidos (Carta del P General).

Sabemos bien que en una guerra, y más en una entre hermanos, todos pierden. Una beatificación no es una ofensa contra nadie, ni busca reabrir viejas heridas mal cicatrizadas. La dignidad de la memoria es para todos. Inscribir a una persona en el libro de los beatos mártires es tan solo atestiguar que una persona ha sido asesinada por confesar su fe en Jesu-

cristo, y lo ha hecho perdonando a sus verdugos. La confesión de fe y el testimonio del perdón son los dos pilares que sustentan el edificio martirial. Esta es la diferencia fundamental con los mal llamados mártires yihadistas. Estos, aunque mueran por sus ideales, lo hacen siendo víctimas de su propio odio y matando a muchos inocentes. Por lo tanto, su invocación a Dios, antes que acto de fe, se convierte más bien en blasfemia. En cambio, los mártires cristianos son capaces de transformar el odio en amor, la violencia en paz y la división en reconciliación fraterna.

Hoy sigue siendo tiempo de mártires. Y más que en los primeros siglos. "Ellos son el ejemplo máximo de perder la vida por Cristo" (papa Francisco). Estos ya beatos mártires, como todos, nos enseñan hoy a anteponer el testimonio de la fe por encima de consideraciones políticas, culturales o territoriales. Nos impulsan a crear puentes de reconciliación entre quienes pueden haber sentido fracturada su convivencia social y, por encima de todo, nos fortalecen la esperanza de que su testimonio no solo sea semilla de nuevos cristianos, sino fruto maduro de una sociedad fundada en la libertad, el respeto al otro y la búsqueda del bien común. ●